



Reconstrucción pictórica de la ejecución de Maximiliano y sus generales, reproducida en albúmina a partir de las fotografías de Aubert, 1867. Col. Fondo reservado, Biblioteca Nacional, UNAM

Nuevas interrogantes

Estamos aquí ante un personaje singular. También frente a una presencia, todavía, enigmática que sigue planteando preguntas a los historiadores de la fotografía, incluso desde cuándo y cómo se dio su arribo a tierras mexicanas y su salida de éstas. Se trata nada menos que del célebre François Aubert, un fotógrafo francés que por su registro testimonial realizado durante el segundo Imperio ha dado mucho de qué escribir. Y es a partir de sus imágenes aún conservadas por las que se ha podido reconstruir su contexto periférico, su explicación más allá de la imagen en sí, esto es, las condiciones sociales, históricas y políticas en que trabajó. Igualmente sus intereses y sus obsesiones. Además de un notable acabado de puesta en escena que tuvieron varias de sus fotografías (esa espacialidad circundante en sus retratados, en donde el fondo suele perder foco por la marcada distancia con el personaje y a su vez por la establecida entre la cámara del fotógrafo, muy

probablemente para que la efigies de los tipos nacionales fueran reproducidas con adiciones, con otros contextos, en grabado). Pero persisten las interrogantes. Digamos, ¿cómo fue que un fotógrafo como Aubert no pudo estar durante el fusilamiento de Maximiliano y sus generales? Ésa sigue siendo una duda histórica. Porque después de un mes de la caída de la sitiada Querétaro, Aubert, meticuloso documentador de la sociedad imperial, pudo tener tiempo de llegar a esa ciudad y acaso buscar la posibilidad de registrar el hecho, con todo y que es evidente que él estaba del lado del Imperio. Sin embargo hasta hoy no se han localizado documentos al respecto. Aunque sí de lo que fueron los acontecimientos inmediatamente posteriores registrados por él mismo: la ciudad devastada, esos cadáveres del emperador y sus militares, el lugar en donde cayeron los cuerpos. Además de diversos fotomontajes (y pinturas) con fragmentos de imágenes que provenían de Aubert y de otros,



La ejecución de Maximiliano, Miramón y Mejía, 1867, grafito. Col. Museo Real del Ejército, Bruselas

inclusivo un dibujo del mismo fotógrafo sobre el suceso..., y no una fotografía.

Por eso, porque Aubert sigue siendo una figura por estudiar, es que en *Alquimia* emprendimos nuevos razonamientos sobre su estancia en México. Arturo Aguilar Ochoa, especialista en el periodo y obsesivo él también en torno la presencia del fotógrafo en nuestro país, aceptó nuestra invitación como editor huésped para abordar de nueva cuenta a Aubert y sus circunstancias (ya lo había hecho en su libro sobre el periodo imperial). Y precisamente con las interrogantes y deducciones de este historiador es que arrancamos el presente número. Deborah Dorotinsky establece aquí una lectura sobre los tipos mexicanos de Aubert y de cómo esa tipología —unilateral por provenir desde la visión del hacedor de la imagen— mantiene una “imagería sobre lo mexicano”. Rosa Casanova, por su parte, se extiende sobre la cultura fotográfica de entonces, de la que formó

parte el fotógrafo. Georgina Rodríguez reescribe, a su vez, el pasaje en el cual François Aubert realizó el registro de los kikapoos durante su visita a Maximiliano. Otro pasaje con más interrogantes.

Para la realización de este número, *Alquimia* agradece a Richard Boijen, curador del Museo Real del Ejército en Bruselas, Bélgica, por su ayuda en la selección y envío de documentos gráficos. Además, por su participación en informarnos sobre el acervo de Aubert en ese museo, que constituyó un apoyo invaluable para este número.

Finalmente queremos dejar asentada una buena noticia: *Alquimia* con este número ha cumplido siete años. Creemos que ésta puede ser una buena señal para la reflexión histórica de la fotografía.

José Antonio Rodríguez